

# Expedición Vasca a los Andes del Perú



## SALCANTAY-78

*Joan den udan esloveniarren bidetik, mendiaren sortaldetik Salcantay gainera igo zuen gipuzkoar taldeak orduan egin zuen ibilaldiaren kondu luze bat bidali digu. Taldeko hiru lagunek sinatzen dute kondua. Konduko zenbait zati daudenetan utzi ditugu. Zati egokienek aukeraketa ez da lan erraza izan, baina dena den, hemen dira ibilaldiko momenturik gogoragarrienak.*

---

## ASI EMPEZO...

Por Alberto Cabezón

---

Escogimos los Andes porque pensamos que estaban a nuestro alcance en el aspecto técnico (aunque teníamos nuestras dudas en cuanto al económico), porque contábamos con la experiencia de amigos y conocidos que habían estado allí, y porque, sencillamente, nos había maravillado la foto de una montaña: el Salcantay.

Durante más de un año trabajamos para ello, acumulando información sobre la zona, los viajes y transportes, lugares donde acudir, etc. Mientras, al mismo tiempo, nos agenciábamos el material necesario para ese tipo de ascensión y procurábamos solucionar el problema económico. En este capítulo hay que decir que a pesar de que solicitamos colaboración por doquier, y a pesar de la buena voluntad de muchas personas, la mayor parte del desembolso corrió por nuestra cuenta; fue la nuestra una expedición económicamente modesta, con el clásico pufo final que no se paga con hazañas.

Cuando faltaban dos meses para salir teníamos ya la mayor parte de lo necesario para hacer una expedición que, sin ser de gran envergadura requería bastante material y elementos de todo tipo; así pues, embalamos todo en cajas de cartón plastificado con las que conseguimos llenar una hermosa caja que al final pesaba una tonelada; en ella iban, entre otras cosas, unos cuatrocientos Kgs. de comida, un kilómetro y pico de cuerdas, un ejemplar de «La Codorniz», tiendas de campaña, escalas, un paquete de «Celtas», palas para nieve, etc., lo necesario para pasar un mes en la montaña sin otros medios que con los que contáramos nosotros.

A finales de abril dimos ya el primer paso de la expedición enviando por barco la caja al puerto de El Callao donde, teóricamente, tenía que llegar al mismo tiempo que nosotros, después de hacer transbordo en Hamburgo; por cierto, el barco que la llevó desde Pasajes se hundió pocas semanas después.

Una vez que nos hubimos librado de este peso, nos quedaba otro mayor todavía y que se convierte en «el coco» del asunto económico de las salidas de este género: el viaje.

En una de tantas idas y venidas, nos pusimos

en contacto con una agencia de viajes francesa que organiza vuelos charter a Sudamérica a precios inferiores a la mitad de lo que cuesta un vuelo regular, con salida de Zurich. Sin pensarlo más reservamos los correspondientes seis pasajes de ida y vuelta. Ya estaba todo listo, sólo quedaban las cenas de despedida.

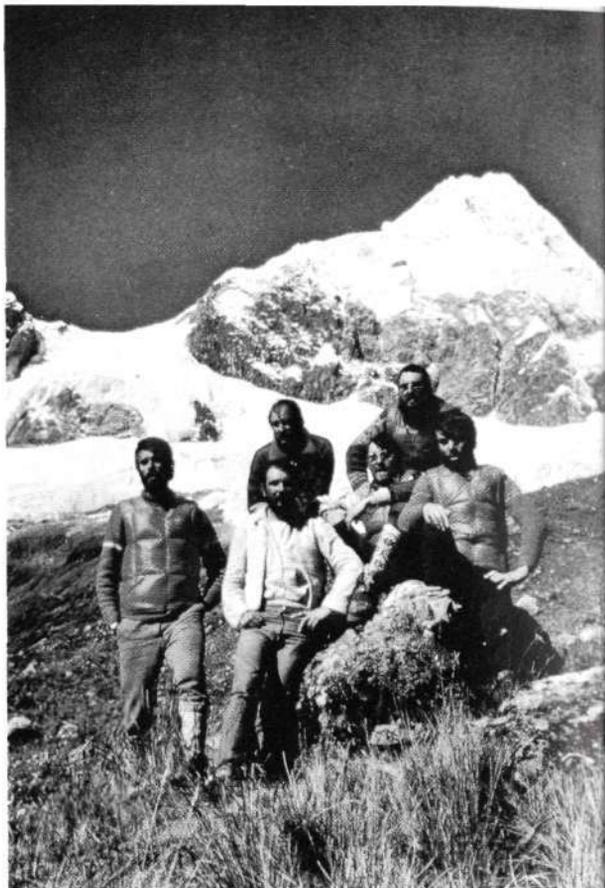
El 23 de mayo de 1978 llegó por fin después de tantos meses de esperar, de hacer planes, de entrenamientos, de romperse la cabeza detrás de los números. Era el día de salir: la aventura empieza.

\* \* \*

Llegamos a Lima un viernes, y el mismo día fuimos al puerto a localizar la Agencia de transportes y enterarnos de los trámites a seguir, pero poco pudimos hacer; allí la prisa no es tan importante como aquí, y hubo que esperar al lunes; no nos extrañó demasiado.

El lunes solicitamos la ayuda del INRED, algo así como un Consejo General de Deportes, que nos proporcionó un despachador de Aduanas; al mismo tiempo localizamos a un señor de Guernica afincado allí, que nos brindó una valiosa colaboración. Durante todo el día recorrimos oficinas, mostradores y ventanillas mientras cada vez nos quedábamos más asombrados ante semejante burocracia viendo cómo se iban amontonando firmas, pliegos y sellos; para el final de la jornada habíamos reunido un dossier de certificados, solicitudes, proveídos y demás mierdas tan grueso como un libro, con lo que nos dirigimos a la inspección de aduana. Se procedió al reglamentario registro de la caja (el vista se «regaló» algunas cosillas del interior) y cuando ya estaba todo en marcha y teníamos la caja prácticamente metida en un camión, resultó que faltaba un papel, un cochambroso papel, una resolución que autoriza a deportistas de ciertos países a internar material deportivo, y tuvimos que dejar la caja en la aduana. Había que esperar al día siguiente.

Pero al día siguiente tampoco apareció aquel papel, y el despachador tenía otros trabajos porque se encargaban de enviar el equipo de los Mundiales de fútbol, que fueron en esas fechas, y durante toda la semana anduvimos de nuevo de oficina en oficina, de ministerio en ministerio, mientras gastábamos paciencia, tiempo y nervios.



*Los miembros de la expedición.*

El lunes siguiente, por fin, con la colección de papeles completa, aparecimos de nuevo en la Aduana; sólo faltaba la firma del subadministrador; se pone los papeles bajo las gafas y he aquí que nos ladra que todo está mal, que las fechas de los permisos están caducadas y que todo aquello no vale para nada.

Si la época hubiera sido la de la Inquisición, lo más seguro es que habríamos aterrizado en una mazmorra si hubieran oído la selección de tacos e improprios que soltamos contra todo el personal, la burocracia y la Administración, manchando en pocos minutos a todo el país.

Sin embargo, el sobrecito que habíamos puesto en el bolsillo del despachador de Aduanas dio resultado; aquella misma tarde renovó todo el papeleo y después de un tira y afloja con el vista, al final salimos del puerto con la caja. Habían sido necesarios once días.

Había que darse mucha prisa después del tiempo perdido; nos pusieron pegas en el aeropuerto para mandar la carga porque era mucho peso para enviarla de una vez, pero ya nos



*Bajando del collado de Incacheriacsa, vista del Salcantay, caras S y SE (foto: J. M. Rodríguez).*

habíamos aprendido el truco: un billete silencioso hizo que al día siguiente llegara toda la carga en el primer avión; una hora más tarde nos reuníamos en Cuzco con todo aquel montón de bultos que ya empezaba a ponerse «pesado».

El salto repentino del nivel del mar a los casi 3.500 metros de Cuzco se hace notar al poco tiempo de llegar; creo que nadie se libra de esto y nosotros no fuimos la excepción; pasamos el primer día aliviando el «soroche» con mates de coca y demás pócimas por el estilo (como el cuba-libre de anís, por ejemplo).

Este brusco cambio de altura sirve para que comience ya la aclimatación, de forma que estuvimos tres días en Cuzco, aprovechando uno para conocer Macchu-Picchu, la ciudad Inca por excelencia.

El 9 de junio, dejamos Cuzco para hacer el trayecto más incómodo y pintoresco de toda la expedición; una carretera de tierra de casi 100 kilómetros, con tremendos desniveles, por la que el camión va levantando una polvoreda infernal que se mete por todos los rincones. El recorrido lleva seis horas y hay que parar a comer antes

de llegar. En Limatambo, penúltimo pueblo de la serie, subimos al camión a un raro autostopista con barba canosa y sombrero ajado que nos dio indicaciones para ir a la hacienda de Abel Montes, punto de partida de muchas de las expediciones al Salcantay; por fin, a media tarde, cansados de tanto bache y rubios de polvo, entramos en el porche de la hacienda. Ya estábamos más cerca de la cumbre.

---

## UNA LARGA MARCHA DE APROXIMACION

Por Jesús M.<sup>a</sup> Rodríguez

---

El Salcantay tiene un grave problema de información: apenas hay cartografía y la que hay es deficiente en todos los sentidos. Habíamos calculado que para acceder a la vertiente Oeste de la montaña el camino más corto era sobrepasando el collado de Soirococha a más de 4.500 metros y bordear el cordal de montañas

que se desprenden de la cumbre. La pega es que no sabíamos cómo era este cordal.

\* \* \*

Nos levantamos a eso de las siete y media, tenemos prisa por llegar... más nos hubiera valido quedarnos dentro de nuestros sacos. No contábamos con la especial forma de ser de los peruanos... a eso de las nueve se levanta el primer arriero y lentamente, muy lentamente le sigue el resto... más lentamente si cabe, cargan las caballerías; tanta pachorra nos exaspera, pero nos callamos ya que nos tienen a su merced. Nos parece curioso el que mucha gente nos haya hablado francamente mal de estos arrieros. A excepción de su clásica y natural lentitud y a una gran desconfianza, estos hombres que en realidad (o al menos nos lo parece) trabajan como burros cobrando relativamente poco, se están portando bien con nosotros.

En marcha nuevamente, hoy debemos llegar.

Llegamos a la Pampa Salcantay (4.100 m.) al pie de la morrena Sur del Salcantay. Aquí hay una bifurcación de caminos, el de la derecha es el que siguen normalmente la mayor parte de las expediciones, el nuestro parte hacia la izquierda.

Ascendemos unos trescientos metros de desnivel por una empinada cuesta... los arrieros se quedan a descansar y nosotros optamos por esperarles.

Por fin llegan. En seguida subimos a una maravillosa pampa. Es el lugar Soirococha; el sitio es estupendo para pasar acampados unos días de relax. Nos empezamos a mosquear un poco cuando los muleros nos insinúan la posibilidad de quedarnos aquí. El lugar es ideal pero solamente sirve para atacar el Humantay. El Salcantay desde aquí es imposible; además, está de por medio la profunda depresión de la morrena. Les decimos que nada, que nos vamos al collado, y para darles ejemplo salimos de estampida cuesta arriba. Al poco refrenamos nuestros ímpetus; el soroche empieza a cebarse en nosotros y nos sentimos molestos, con dolores de cabeza y demás sensaciones de malestar.

Al otro lado de la morrena vemos unas tiendas de color rojo que destacan notablemente sobre el ocre del terreno. Desde ellas nos hacen señales con un espejo a modo de heliógrafo...

cuando llegan nuestros arrieros nos dicen que se trata de una expedición de yugoslavos que subió hace dos semanas.

Nos aproximamos al collado; llevamos casi una hora desde Soirococha y tenemos verdaderas ansias de ver lo que hay al otro lado.

Superamos el collado situado entre el Humantay y el Salcantay y al mirar a la otra vertiente nos quedamos tan de piedra como las que nos rodean por todas partes. Vemos que del Salcantay se desprende un cordal de montañas formadas por los nevados Apacheta y Tucaruay. El paso es inaccesible. Para bordear este cordal debemos descender algo más de 1.000 metros y emplear todo un día desde aquí; además está la interrogante... si por esta vertiente es así, ¿cómo será por el otro lado? Llegan los arrieros tan felices... les increpamos diciéndoles que nos han engañado... ellos ni inmutarse... les preguntamos por el paso que nos habían prometido y no nos responden... las pampas que nos aseguraban que eran ideales para instalar el C. B. no existen sino mil metros abajo y totalmente alejadas del Salcantay. En un rápido cálculo vemos que nos harían falta de tres a cuatro días más para bordear este cordal y subir la otra vertiente. Es decir, de la promesa de los arrieros de que en dos días llegábamos al Base nos encontramos con la realidad de que nos hacen falta cinco o seis y eso contando con que nos quieran llevar, cosa que no parecen estar muy dispuestos a hacer.

Discutimos un poco entre nosotros... ¿qué hacer? Nos sentimos muy irritados, a lo que contribuye sin duda el soroche que en este collado nos ataca a casi todos.

Decidimos retornar sobre nuestros pasos y mañana subir al Campo de los yugoeslavos para preguntarles por dónde están subiendo ellos. Quizá nos convenza el sitio y nos metamos a la misma vía, si no, deberemos ir en otra jornada más al collado de Palcay y allí, por lo menos, nos queda el consuelo de la vía Normal.

Así, de esta manera ridícula, nuestro proyecto sobre la arista Oeste se nos va al traste sin haberla visto siquiera.

\* \* \*

Al atardecer permanecemos semi aniquilados sin ganas ni siquiera de movernos. Al rato apa-



Tras un descanso acometemos la durísima subida al collado de Palcay... ¡hasta sesenta y siete curvas en cerrados zig zags hay que remontar para subir los casi seiscientos metros de esta abrupta ladera!

Por fin llegamos al collado, vemos la Base avanzada de los eslovenos. Comunicamos por teléfono, con muchas interferencias; como hay niebla no tenemos ni idea por dónde ir y en la otra vertiente no hay un sitio apto para montar la tienda. En un pequeño claro divisamos un campamento... allí nos dirigimos. Se trata de la expedición de la Universidad de México que habíamos oído que se encontraban por aquí.

Nos sorprende la juventud de sus miembros, excepto dos mayores, el resto andará por los 18-19 años... nos comentan que es su forma de iniciarse a las montañas... o se van a las rocas o se vienen a los Andes; con sólo oírles eso se nos ponen los dientes largos de envidia... ¡y pensar los sudores que nos cuesta venir hasta aquí!

Los mexicanos han intentado el Norte del Salcantay y se han retirado por las avalanchas. Han intentado asimismo la arista NE y se han bajado de los 5.100 metros por las peligrosas cornisas. Ahora se preparan para ir unos al Chuyunco y otros a intentar la ruta empleada por los eslovenos al Salca.

Montamos nuestro campamento más arriba que los mejicanos, muy cerca de la piedra en la que se encuentra una placa recuerdo al vencedor de la Cara Norte del Eiger, Fritz Kasparrek, que junto con su compañero Tony Mazonauer, perdió la vida en la arista NE del Salcantay.

Estamos fuera tomando sopa, mucha sopa, cuando oímos voces y levantando la vista vemos linternas que bajan entre la cresta de Palcay y la morrena Este del Salcantay. Son los yugoslavos que bajan después de haber conseguido la primera ascensión al Salcantay por su vertiente Este.

\* \* \*

De vuelta al campamento hacemos los planes para esta semana entrante... el tiempo por ahora es muy bueno... pero por desgracia tenemos encima el cambio de luna y en esta zona esto significa por lo menos una semana de mal tiempo... ya veremos, quizá aguante.

Días más tarde optaríamos porque una cordada en plan ligero se trasladase a Palcay con objeto de ir equipando la Cara Este del Salcantay, el resto desmontaría el Campo y esperaría a unos arrieros contratados por los mexicanos, que debían pasar por Incacheriacsa. Esa decisión nos pesaría más de una vez a lo largo de toda la semana siguiente y varias incidencias retrasaron el montaje definitivo del Campo Base en 15 días cuando lo normal es tardar tres o cuatro... verdaderamente desmoralizante. Hubo momentos en que teníamos la sensación de estar haciendo el ganso con tantas vueltas, por otro lado necesarias, ya que las cosas se torcían cada vez más.

### EL ULTIMO PORTEO

... ¡Esta maldita niebla!... llevo cinco horas caminando y ya debería haber llegado al collado.

Que estoy semi-perdido ya me doy cuenta, la culpa de esto la tengo yo por fiarme de aquel indio que me indicó el camino, ahora me doy cuenta de que no entendía ni jota de castellano y como a todo decía que sí, aquí estoy.

La nevada ha remitido en su intensidad pero la niebla no desaparece, me guío con la brújula y trato de orientarme con respecto al Salcantay... al rato entre la bruma diviso una gran formación rocosa... creo que son los Drus, una montaña que guarda mucha semejanza con su homónima de los Alpes.

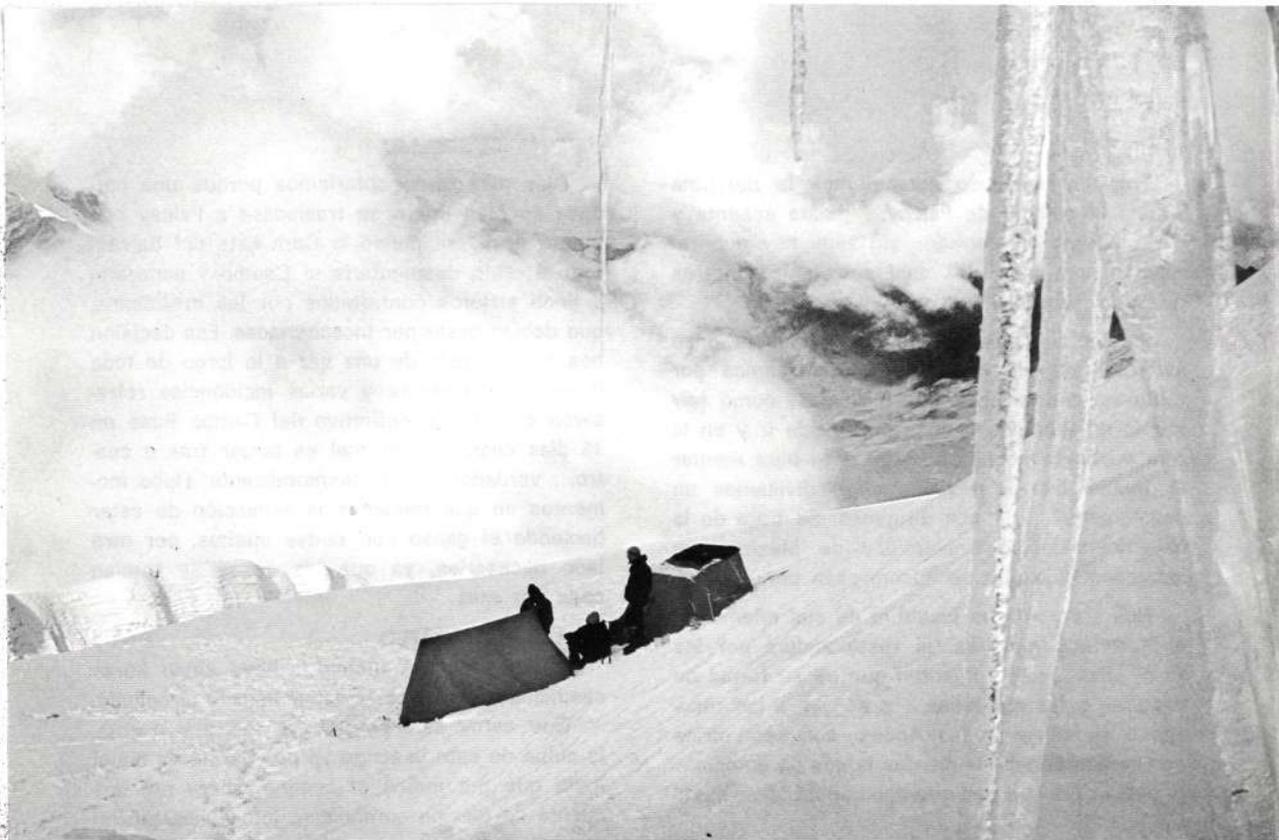
Ya estoy más tranquilo, ahora no importa si voy con retraso; de la base de los Drus me oriento perfectamente.

Hago una parada al amparo de una roca, estoy algo cansado... saco el radioteléfono para ver si hay suerte... en una semana hemos hablado con los de Palcay un par de veces y apenas nos hemos entendido por las interferencias.

... Aquí un perdido llamando a Palcay... ¿me oís?... repito la llamada tres o cuatro veces y estoy a punto de guardar el teléfono cuando oigo la inconfundible voz de Alberto que me contesta.

... ¡Aquí Palcay, aquí Palcay!... llevamos una semana bloqueados por la tormenta y la comida se nos ha acabado... ¿cuándo venís?

... Les comento todo lo que hemos hecho durante estos dos últimos días... los arrieros que iban a recoger a la expedición mexicana



*Campo I (5.280 m.) en la parte superior del Gran Serac (foto: A. Cabezón).*

se han negado a llevarnos después de que hemos recogido el Campo Base. Viendo que se nos iba al traste la expedición hemos decidido salir dos de nosotros hacia la Pampa Cabana a intentar conseguir algún arriero a toda costa.

Después de pasar la noche con los mexicanos, hoy hemos bajado a Pampa Cabana y hemos tenido la suerte de contratar a un arriero y diez caballerías... así que mañana es seguro que todos estemos juntos de nuevo.

¡Ah!... y Tetxus se ha separado de mí y sube hacia Palcay con una tienda y comida... ¡hala, cambio y corto!, ¡hasta mañana!

Me ha parecido que los de Palcay están bastante desmoralizados. No es para menos... en una semana no hemos avanzado casi nada y el mal tiempo, con el cambio de luna se ha cebado en la montaña.

Por fin llego al collado. Cosa curiosa, al otro lado hace buen tiempo y veo perfectamente el desmantelado Campo Base.

Al cabo de siete derrengantes horas alcanzo la tienda en la que Pepe por no aburrirse está haciendo el indio.

\* \* \*

Sobre las dos de la tarde nos ponemos en

camino. Aunque con el tiempo muy apretado, nos gustaría subir hoy mismo a Palcay. Es necesario que todo el grupo se reúna de nuevo ya que la desmoralización se está cebando en todos nosotros. Prometemos incluso pagar el doble; pero el hombre propone y...

Estamos muy cerca de Pampa Acobamba. Como hemos descendido bastante (a 4.100 m.) la nieve se ha tornado agua y estamos empapados por todos lados.

Está oscureciendo a ojos vista, son más de las seis y media de la tarde. Para coger nuevamente el camino que baja a la Pampa hay que bajar un resalte de roca de unos diez metros. En la piedra hay tallada una senda apenas perceptible, pero el agua hace este tramo muy resbaladizo.

Varios caballos se paran asustados, no quieren seguir pues intuyen peligro, inconscientemente se salen de la senda. Es entonces cuando uno resbala y dando una espectacular vuelta de campana cae unos tres metros quedándose patas arriba; unido al frío que tenemos, tanto la caída del caballo como el siniestro crujido de las cajas de madera que llevaba el animal nos deja helados.

Bajamos hasta la bestia. Afortunadamente no le ha pasado nada, pero es obvio que hay que liberarle la carga; una caja se ha reventado. La mujer del arriero nos empieza a gritar en quechua. Por lo visto quiere que salgamos de aquí, ya que corremos peligro... tiene razón la señora, los caballos de arriba están muy nerviosos y están justo encima nuestro... si alguno se cayera rodaría sobre nosotros... en el momento de salirnos de la zona de peligro, otro caballo cae dando vueltas y golpeándose contra la roca en un trayecto de unos seis metros.

Esto ya es más grave, nos acercamos al bicho y vemos que tiene una pata estropeada... la situación es lamentable, comienza de nuevo a nevar y apenas nos queda luz, estamos empapados y es imposible seguir... ¿qué hacer?

---

## ASALTO A LA CUMBRE

---

Por Jesús M.<sup>a</sup> Barandiarán

---

Despierto a los demás. También les cuesta levantarse. Creo que para la mayoría de los alpinistas, lo más difícil de la montaña es salir del saco.

Después de un rápido desayuno, estamos todos listos y con paso lento comenzamos a remontar la morrena del glaciar. En seguida nos encontramos en el pequeño corredor que conduce al «plateau» donde normalmente nos encordamos. Esta parte, hasta el primer campamento, ya la conocemos. Durante una semana hemos estado equipando con cuerdas fijas y una escala, el tramo que va hasta arriba del gran «serac», que es donde hemos instalado el Campo I a 5.300 metros. Este campamento se ha aprovisionado muy bien de comida y material para que cuando hagamos el asalto final, en caso de mal tiempo, podamos quedarnos en él como base avanzada, sin necesidad de bajar hasta el Campo Base.

Pepino y Alberto van delante a buena marcha; Suso, Iñigo y yo vamos más lentos pues tenemos medio «pájara», debido quizá al precipitado desayuno y al fuerte sol que cae sobre nosotros.

Recorremos las primeras cuerdas fijas y llegamos al pequeño muro de roca que la había tomado con nosotros. En los días de porteo se rompió la escala que habíamos colocado y Al-

berto cayó varios metros. Y esta vez no iba a ser menos. Al comenzar a subirlo, Iñigo resbaló y... «¡Cuidado, Suso!, el inevitable quejido de dolor me hizo pensar lo peor, pues un aparatoso pisotón en una mano, con los crampones, pero, gracias a los guantes, no fue casi nada. Al tocarle el turno al segundo, nuevo patinazo y casi pierde un crampón. Yo tuve mejor suerte que ellos y lo superé con cierta satisfacción, pero no sabía que a mí se me rompería la escala, unos días después, al hacer el descenso de la cumbre.

Abandonando la última cuerda fija, recorremos los doscientos metros que nos separan del gran rellano donde se encuentra el primer campamento.

\* \* \*

El amanecer es hermoso. El Chuyunco, el Palcay, y los glaciares que nos rodean, van recordando ese color y esa vida que los caracteriza.

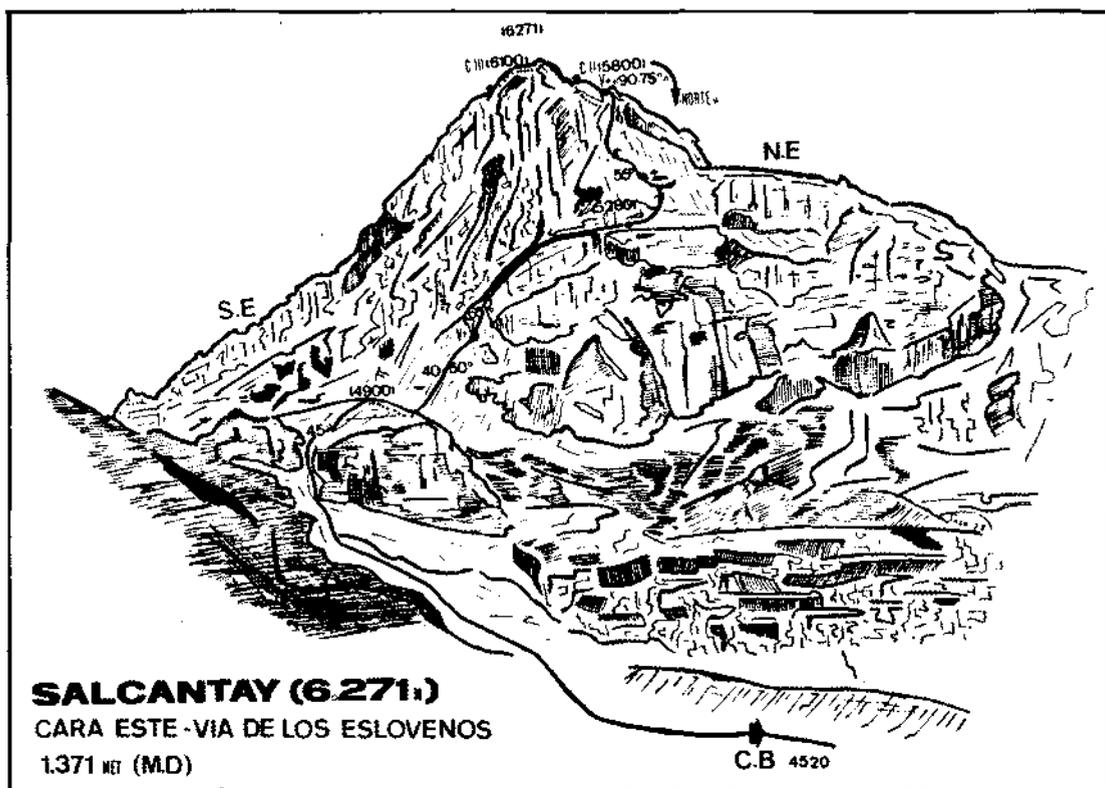
Como de costumbre salimos más tarde que lo que quisiéramos. Me toca ir en cabeza. Pronto las mochilas nos empiezan a tirar, pues la pendiente se hace cada vez más fuerte.

La cuerda que nos une y que tanta seguridad nos da, a la vez me molesta, pues siempre se tensa en el momento más inoportuno ya que vamos «ensemble» y no veo la progresión de Iñigo y Suso, que van detrás de mí y que inevitablemente tienen que pararse de vez en cuando.

Hoy me encuentro en inmejorables condiciones y gozo mucho de la escalada. Una cueva de hielo, bloques de roca, seracs; los pasos se suceden y voy entusiasmado con la belleza de esta ascensión.

La progresión de nuestra cordada es bastante rápida; no tanto la de Pepino y Alberto, lo cual me extraña un poco. A la altura de los «seracs» cercanos a la arista NO. Iñigo me grita: «¡Tetxus, espera!: ¡Suso se suelta y se encuerda con Pepino! ¿Pues? ¡Es que Alberto se vuelve, anda con soroche y se encuentra mal! Me da mucha pena, pero admiro su decisión, ya que en estas situaciones hay que sacrificar los intereses personales por el éxito del grupo.

Ya nos encontramos en el paso clave de la ascensión, la gran travesía. Primeramente son unos metros de roca muy vertical que hay que dejar equipados con cuerdas fijas para el regreso. Y luego una serie de canales, de nieve muy blanca dado lo avanzado del día.



«¡Tetxus, vete buscando sito para vivaquear, que son las cuatro!», me grita Iñigo. Como de momento no encontramos un lugar idóneo, optamos por atacar el «muro de hielo» y casi de noche, llegamos a una pequeña loma donde, ya en plena oscuridad, dejamos instaladas nuestras tiendas de vivac. Nuestro altímetro marca 5.800 metros y pensamos que mañana pisaremos la cumbre.

\* \* \*

A pesar de ser tan temprano, la nieve cede con facilidad bajo nuestros pies, lo cual nos dificulta la marcha.

Llegamos a un «plateau» desde el que se divisa el pináculo final. Discutimos si será o no, la cumbre; queremos creer que sí, pues aunque las dificultades casi han desaparecido, nuestros cuerpos acusan la altura y los días que llevamos escalando esta inmensa moje de hielo y roca.

Eligiendo el mejor camino, Pepino, que hoy va en cabeza, nos conduce por entre unos seracs a la última pendiente, pero al llegar a su cima nos llevamos una gran decepción. ¡No es la cima! ¡Enfrente hay otra pirámide de nieve!

Ya no sabemos qué pensar. Esto se convierte en un calvario, hay que parar cada diez metros para recobrar el aliento y volver a marchar.

Nos asomamos a la cara Sur, por la que hay que hacer una aérea travesía, y aparecemos en el gran «plateau» que queda debajo de la pirámide cimera.

Suso, que va muy cansado, dice que no sigue y que nos espera aquí. Tratamos de disuadirle, pero es inútil. Bebemos el último sorbo que queda en la cantimplora, nos encordamos los tres juntos y continuamos a paso muy lento.

Por fin, a las dos y media del mediodía del 3 de julio, llegamos a la cima Este del Salcantay. Nos sacamos unas diapositivas y sopesamos la idea de seguir hacia la cima Oeste, que aunque tiene la misma altura, nos atrae más. Pero después de plantar nuestra ikurriña y fumar un «inca», decidimos bajar a vivaquear donde hemos dejado a nuestro compañero y subir otra vez al día siguiente.

Pasamos un nuevo vivac a 6.100 metros y esta vez el cansancio vence a mi voluntad y decido quedarme yo aquí también.

En el nuevo amanecer Iñigo y Pepino salen hacia la cima Oeste, pero a la media hora tienen que desistir, pues una «nube de pez» se acerca por el Oeste y nos augura una inminente tormenta. Efectivamente, antes de una hora ya la tenemos encima y comienza a nevar. Recogemos rápidamente todo y nos deslizamos en interminables «rappels» por las cuerdas fijas, deteniéndonos en el Campo I el tiempo justo para recoger lo de más valor y abandonar el resto.

Lo que nos ha costado tres días en subir lo bajamos en seis horas.

## Historia del Salcantay

Se tiene noticia de que se intentó por primera vez en 1912, pero la primera ascensión a la cumbre no fue realizada hasta 1952, año en que se consiguió por una expedición suiza, por la cara N.

Hasta 1978 se había alcanzado la cumbre 10 veces y por 3 itinerarios distintos. Había habido un total de 18 expediciones, entre las cuales una guipuzcoana en 1976.

En 1978 ha habido 5 expediciones que consiguieron la cumbre, todas ellas por la cara E., que había abierto entonces una expedición eslovena. La última ascensión fue realizada por una expedición vizcaína, que además empalmó la arista NE con la cara E.

## Diario de la expedición

### Mayo

- 23 — Salida en automóvil desde Donostia hacia Zurich.
- 26 — Aterrizaje en Lima. Problemas de aduana.

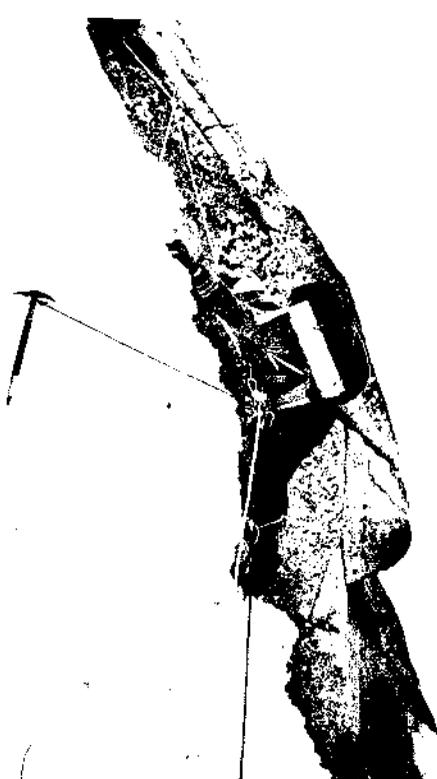
### Junio

- 6 — Viaje al Cuzco en avión.
- 9 — Viaje a Píncapota en camión.
- 11 — Llegada a Pampa Soray (3.900 m.).
- 13 — Llegada a Pampa Incacherías (4.900 m.).
- 24 — Montaje del Campo Base en Palcay (4.520 m.).
- 27 — Campo I a 5.300 m.

### Julio

- 2 — Campo II a 5.800 m.
- 3 — Cumbre del Salcantay (6.271 m.).  
Vivac a 6.100 m.

La afilada arista NE desde la cota 5.800 m.   
(foto: J. M. Barandiarán).



Equipamiento de cuerdas fijas en la gran travesía de la cara E a la cara N (5.700 m.) (foto: I. Barandiarán).

- 4 — Bajada al Campo Base.
- 9 — Llegada a Cuzco.
- 14 — Llegada a Lima.
- 22 — Llegada a Donostia.

## Componentes de la expedición

(Del G. A. M. del Club Vasco de Camping de S. S.)

- Alberto Cabezón Ausín (25 años).
- José Antonio Fernández de Aranguiz (26 años).
- Iñigo Barandiarán Uralde (26 años).
- Jesús M.<sup>a</sup> Barandiarán Uralde (23 años).
- José Luis Conde Corral (25 años).
- Jesús M.<sup>a</sup> Rodríguez Pozo (24 años).

